

JULIO RAMOS: *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica (Col. Tierra Firme), 1989.

El núcleo del brillante libro del investigador puertorriqueño Julio Ramos es una interrogación detallada sobre Martí y su enfrentamiento a la experiencia de una modernidad capitalista que desarticulaba las instituciones que habían asegurado anteriormente la autoridad del escritor en la sociedad latinoamericana. Alrededor de esta interrogación, Ramos traza una problemática más amplia sobre la situación de la literatura y de las humanidades en general en América Latina en la transición entre el siglo XIX y XX. Contra la idea de Octavio Paz de la literatura como una "modernidad compensatoria" para el desarrollo desigual o fracasado de las sociedades latinoamericanas, Ramos propone una lectura de lo que él llama la "modernización desigual" de esta literatura, lectura que involucra un doble movimiento crítico: "por un lado la explicación de la literatura como un discurso que intenta autonomizarse, es decir, precisar su campo de autoridad social; y por otro, el análisis de las condiciones de *imposibilidad* de su institucionalización [como tal]" (12). Se trata, en otras palabras, de una *arqueología* —en el sentido que daba Foucault a ese término— de la génesis institucional de la literatura moderna en América Latina.

Ramos comienza con un prólogo que es a su vez una meditación sobre el Prólogo de Martí al *Poema del Niágara* de Pérez Bonalde, una de las primeras reflexiones sobre la relación entre la literatura y el poder en la modernidad latinoamericana. Descubre en el texto de Martí el sentimiento de "la crisis de un sistema cultural anterior en que la literatura, las *letras*, más bien, habían ocupado un lugar central en la organización de las nuevas sociedades latinoamericanas". Si "la formalización de la ley había sido una de las tareas claves de los intelectuales patricios", el Prólogo de Martí "proyecta a la literatura, en cambio, como un discurso crítico de los códigos y de la ley misma"(9). Para Martí, "la autoridad de la literatura moderna radica precisamente en la *resistencia* que ofrece a los flujos de la modernización"(10).

Pero si en Martí y en la estética modernista en general se problematiza la relación entre literatura y Estado como efecto de la nueva división del trabajo impuesta por la modernidad, paradójicamente esta división es también "la condición que hace posible la autonomización y la modernización literarias"(8). El análisis de las aporías que subyacen esta situación, sugiere Ramos, "quizás podría contribuir a explicar la *heterogeneidad* formal de la literatura latinoamericana, la proliferación, en su espacio, de formas híbridas que desborden las categorías genéricas y funciones canonizadas por la institución en otros contextos"(12).

Ramos divide la articulación de su argumento en dos partes. La primera comienza con dos ensayos sobre la relación de literatura, estado y proyecto nacional "civilizador" en la construcción del imaginario social de las nuevas

repúblicas americanas en el XIX: “Saber del otro: escritura y oralidad en el *Facundo*” y “*Saber decir: lengua y política en Andrés Bello*”. Su tesis común es que en estos escritores se opone “literatura” en sí como práctica normativa a una “oralidad” identificada con las culturas autóctonas o mestizas: “el poder de la letra proveía la racionalidad necesaria para dominar la ‘bárbara’ naturaleza americana, contribuyendo así a la modernización, a la civilización de la tierra americana”(243). Para Bello, por ejemplo, “la unidad de la lengua, así como posibilita la integración mercantil, es una condición de la posibilidad de la consolidación del Estado nacional (...) [T]raza el mapa donde (...) los sujetos se moverán en el espacio de la ley, sometidos a la estructura de la sociabilidad instituida por el orden de la letra y el poder de los letrados”(49).

Los capítulos siguientes sobre literatura y pedagogía, periodismo y la representación literaria de la ciudad en el modernismo analizan la desintegración finisecular de esta “república de letras” y de la unidad de saber y poder, letrado y Estado que presupone. El modernismo implica el paso del letrado al *literato* moderno, de la esfera pública a la privada. Pero si en los modernistas la literatura ya no es directamente el lenguaje del Estado, si de hecho se configura y se nutre de su oposición a los procesos de racionalización representados por ese Estado y por la vida pública, también reclama la función de ser un discurso integrador, totalizante en una época marcada por esa *disassociation of sensibility* —según la famosa frase de T.S. Eliot— impuesta por la experiencia repentina y caótica de la modernidad. En términos generales, la nueva toma de posición del escritor involucra la oposición de lo estético en sí —vista como “matriz de la definición misma del ‘ser’ latinoamericano”(150)— a las actividades concretas y a los discursos (científicos, positivistas, utilitarios, etc.) de esa modernidad. Dentro de esta oposición, la relación de América Latina y los Estados Unidos (ese Estados Unidos que había servido como la utopía de la racionalización para un escritor como Sarmiento, y cuya política imperialista impulsaba en parte el proceso de modernización latinoamericana), tenía que ser re-configurada. Por lo tanto, la segunda parte de *Desencuentros de la modernidad* comienza con una lectura minuciosa de dos crónicas de Martí sobre la vida *norteamericana* coleccionadas en sus *Escenas norteamericanas*: “El puente de Brooklyn” y “Coney Island” y pasa a una consideración más amplia del ensayismo y del concepto de las humanidades en el pensamiento nacionalista latinoamericano desde el modernismo hasta la Revolución mexicana y culmina con una revisión de “Nuestra América”.

La propuesta modernista de autonomización de lo literario, anota Ramos, se hizo, paradójicamente, en una situación de “radical dependencia” del escritor con el periódico, es decir, con el órgano cultural central de la modernización mercantil y burocrática. Ramos escoge las crónicas de *Escenas norteamericanas* precisamente porque en ellas el juego entre género (utilitario), objeto de representación (la gran metrópolis capitalista) y la voluntad estetizante revela la dialéctica de articulación del nuevo sistema

literario más dramáticamente. La escritura martiana en ellas, Ramos señala, “no sólo presupone las asimetrías generadas por la modernidad, sino que también desarrolla estrategias para nivelar los desajustes”, revelando así “un impulso integrador que busca reestablecer continuidades entre los objetos de un mundo ineluctablemente fragmentado”(163). Martí “es un ‘héroe’ moderno precisamente porque su intento de sintetizar roles y funciones discursivas presupone las antítesis generadas por la división del trabajo y la fragmentación de la esfera vital relativamente integrada en que había operado la escritura de los letrados”(14).

Pero la experiencia de la modernidad finisecular no sólo tenía que ver con la enajenaciones de la tecnología y del *business* norteamericanos. Implicaba también, como en “Coney Island” o en la famosa puesta en escena de *Ariel*, el problema de la representación literaria del nuevo proletariado y de las capas populares urbanas. Ramos descubre, en relación a este problema, y a la vez como compensación para el peligro de que la autonomización literaria propuesta por el modernismo implicara su “inefectividad pública”, una articulación nueva de las humanidades y de su función social por ensayistas (y precisamente en el ensayo como forma literaria) como Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, Pedro Henríquez Ureña o Vasconcelos. Mediante su institucionalización pedagógica, estos escritores “refuncionalizan las retóricas literarias, normativas contra el ‘caos’ social y la masificación, reclamando para la disciplina de las humanidades un lugar rector en la administración y control de un mundo donde proliferaba una nueva forma de la ‘barbarie’: la ‘masa’ obrera”(216). El mismo cuestionamiento de la modernización hace que la literatura como campo “nutre al (y se nutre del) emergente nacionalismo y latinoamericanismo de la época, basados en el discurso de la cultura que el campo literario generaba”(221).

“Nuestra América” representa para Ramos una concretización de esta nueva ideología americanista de la literatura y las humanidades. Invierte la relación subordinativa entre intelectual (escritor) y pueblo (oralidad) en Sarmiento o Bello, haciendo del “hombre natural” —es decir las culturas subalternas— el fundamento del ser latinoamericano. Pero al mismo tiempo su propia voluntad de estilo como ensayo denuncia un sentido de lo literario como expresión adecuada y *necesaria* de lo americano (de, en palabra de Martí, “masas mudas de indios”). El sentido en Martí de un heroísmo civil propiamente *literario* instituye una nueva relación de literatura y poder. Se trata en “Nuestra América”, concluye Ramos, “de una estetización de la política que postula el lugar indispensable del saber literario en la administración del buen gobierno”(243).

Como se puede apreciar de este resumen demasiado esquemático, *Desencuentros de la modernidad* es un libro rico, polifacético y complejo. Conducirá, sin duda, a una discusión crítica amplia. Aquí simplemente quiero indicar algunos reparos menores. Quizás por su énfasis en Martí, Ramos parece

ignorar o descartar de antemano las interrogaciones afines sobre literatura y modernidad en América Latina del grupo de investigadores asociados con la ya difunta sección literaria del Centro “Rómulo Gallegos” en Caracas (v.g. los estudios de Hugo Achugar sobre el modernismo uruguayo, de Betariz González sobre la historiografía literaria latinoamericana en el XIX, y de Nelson Osorio sobre el vanguardismo). En su crítica perspicaz del uso de la categoría del letrado en *La ciudad letrada* de Rama (62-72), no presta, para mi gusto, suficiente atención a la complejidad de la constitución colonial de la literatura latinoamericana (el problema de la autonomía de lo literario también aparece en el barroco: ya en Espinosa Medrano una defensa de una autoridad puramente “estética” es la marca del escritor criollo).

Quizás la contribución más importante de *Desencuentros de la modernidad* sea desconstruir —aún en un escritor evidentemente “progresista” como Martí— una ideología jerarquizante y subordinadora de lo literario que todavía afecta a la literatura latinoamericana. Pero en este empeño se puede observar, a veces, un excesivo funcionalismo a la manera de Foucault —aunque asumido brillantemente— en la conceptualización de la modernidad latinoamericana y de la situación del escritor dentro de ella, funcionalismo que, entre otras cosas, no le permite a Ramos considerar las maneras en que la literatura pudo ser “refuncionalizada” por intelectuales orgánicos de las clases populares (tema que el propio Ramos aborda en su reciente trabajo sobre Luisa Capetillo). Hay el peligro de confundir las aporias del modernismo y el nuevo ensayismo humanista con una literatura latinoamericana que revelaba, aun en la misma época, vertientes diferentes, y las aporias de la literatura como tal con los diversos y contradictorios intereses sociales que desfilen o puedan desfilarse en ella. (Sin embargo, tendríamos que admitir que estas confusiones son, en cierto sentido, *propias* a la naturaleza misma de la literatura).

Para concluir, debemos notar que la estrategia de Ramos en esta deconstrucción obedece a una doble lógica de complementaridad. Por un lado, es una meditación sobre el “margen” de la literatura latinoamericana constituido por géneros menores como son la crónica, el prólogo o el ensayo pedagógico. Por otro, centrando su análisis en Martí y sus crónicas de Nueva York, se sitúa deliberadamente en un “entre-lugar” de los Estados Unidos y América Latina en los orígenes del sistema imperialista moderno. Esta posición definida, no como síntesis “panamericana”, sino como sitio de articulaciones contradictorias, ha sido tradicionalmente la de intelectuales puertorriqueños como el mismo Ramos, chicanos, y cubanos (aún hoy a pesar de 30 años de bloqueo). Con la emigración latina hacia los Estados Unidos generada, en parte, por las consecuencias de su propia política exterior, es una posición que comparte un número creciente de investigadores y productores de la literatura latinoamericana. Desde esta perspectiva, en su articulación de la problemática literaria de la modernidad en América Latina *Desencuentros de la modernidad*

es también una aportación a la discusión actual del posible significado de una postmodernidad latinoamericana, y a la tarea de elaborar nuevas formas de resistencia y contra-hegemonía cultural. En este sentido, como su objeto de estudio (y concluyo con las mismas palabras del libro), también “la ‘verdad’ de [su] ser es el efecto de una notable voluntad de poder”.

*University of Pittsburgh*

JOHN BEVERLEY

ALFONSO RANGEL GUERRA: *Las ideas literarias de Alfonso Reyes*. México: El Colegio de México, 1989.

Un real maestro de literatura es quien da a las Letras su expresión orgánica, su arquitectura pública en la ciudad del hombre. Y esa fue la tarea mayor a que dedicó su tiempo Alfonso Reyes. *El deslinde* (1944) contuvo los resultados de esa tarea que, sin embargo, también dio asunto y motivo a otras muchas páginas, a varios volúmenes. La que ofrece el profesor Rangel Guerra es “una revisión general de las ideas literarias de Alfonso Reyes”, y sus orígenes se vinculan al curso de teoría literaria que su autor dictaba en la Universidad Nacional; su posterior y extensa asociación con El Colegio de México permitió el crecimiento de un proyecto inicial ceñido a *El deslinde* de tal manera que abarcase todas “las ideas, los juicios y los puntos de vista de Alfonso Reyes sobre el fenómeno literario, así como los comentarios y las opiniones dispersos en sus textos y ensayos”, más que laboriosa tarea si se tiene en cuenta el *corpus* de obra escrita que debía someterse a revisión.

Tal investigación se nos presenta organizada en tres núcleos interdependientes. El primero de ellos se centra en la historia de *El deslinde*, piedra miliar del edificio especulativo que será descrito; el segundo, en las ideas de Alfonso Reyes sobre teoría literaria; el tercero en las que corresponden a la teoría de la crítica literaria.

El primer núcleo otorga tres de sus cinco capítulos a historiar la escritura de *El deslinde*; se han tenido a la vista las numerosas fuentes documentales a las que normalmente puede acceder el investigador, y una privilegiada: la totalidad del *Diario* de Alfonso Reyes, en parte conocido a través de la Universidad de Guanajuato. Con estos tres capítulos Rangel Guerra añade su nombre a la breve pero substancial lista de los biógrafos parciales de Alfonso Reyes (hay que mencionar entre ellos en primer término a Paulette Patout y a Alicia Reyes); su trabajo, por naturaleza intrahistórico, ahonda en una dirección que, complementando lo ya existente, hace más factible la tan necesaria *literary biography* del polígrafo regiomontano. Los dos restantes dan cumplida información —ideas y circunstancias— de la recepción de *El deslinde* dentro y fuera de México, incluidas las tentativas de traducción. El criterio genético a que ha obedecido esta primera parte pone en evidencia que las líneas de